

Gitanjali - Rabindranath Tagore

<https://www.gutenberg.org/cache/epub/7164/pg7164-images.html>

Traducción: Elejandría

INTRODUCCIÓN

Por W. B. Yeats

|

Hace unos días le decía a un distinguido médico bengalí: «No sé alemán; sin embargo, si la traducción de un poeta alemán me hubiera conmovido, iría al Museo Británico a buscar libros en inglés que me dijeran algo de su vida y de la historia de su pensamiento. Pero, aunque estas traducciones en prosa de Rabindranath Tagore me han conmovido la sangre como nada lo ha hecho en años, no sabré nada de su vida ni de las corrientes de pensamiento que las han hecho posibles si algún viajero indio no me lo cuenta». Le pareció natural que me conmoviera, pues me dijo: «Leo a Rabindranath todos los días; leer una sola línea suya es olvidar todas las penas del mundo». Yo le contesté: «Un inglés que viviera en Londres en el reinado de Ricardo II, si le hubieran enseñado traducciones de Petrarca o de Dante, no habría encontrado libros que respondieran a sus preguntas, sino que habría interrogado a algún banquero florentino o a un comerciante lombardo como yo os interrogo a vos. Por lo que sé, tan abundante y sencilla es esta poesía, la nueva era del renacimiento ha nacido en vuestro país y nunca sabré de ella excepto por oídas». Él respondió: «Tenemos otros poetas, pero ninguno que sea su igual; a esta la llamamos la época de Rabindranath. Ningún poeta me parece tan famoso en Europa como lo es él entre nosotros. Es tan grande en la música como en la poesía, y sus canciones se cantan desde el oeste de la India hasta Birmania, dondequiera que se hable bengalí. Ya era famoso a los diecinueve años, cuando escribió su primera novela; y sus obras de teatro, escritas cuando era poco más que un

muchacho, todavía se representan en Calcuta. Admiro mucho la plenitud de su vida; cuando era muy joven escribió mucho sobre los objetos de la naturaleza, se pasaba el día sentado en su jardín; desde su vigésimo quinto año, más o menos, hasta el trigésimo quinto, cuando sufrió una gran pena, escribió la poesía de amor más hermosa de nuestra lengua», y luego dijo con profunda emoción: «Las palabras nunca podrán expresar lo que debí a los diecisiete años a su poesía de amor. Después su arte se hizo más profundo, se volvió religioso y filosófico; todas las inspiraciones de la humanidad están en sus himnos. Es el primero de nuestros santos que no se ha negado a vivir, sino que ha hablado desde la Vida misma, y por eso le entregamos nuestro amor». Es posible que haya cambiado sus bien elegidas palabras en mi memoria, pero no su pensamiento. «Hace poco tiempo iba a officiar el servicio divino en una de nuestras iglesias —nosotros, los del Brahma Samaj, usamos la palabra inglesa *church*—, la más grande de Calcuta, y no solo estaba abarrotada, sino que las calles estaban casi intransitables a causa de la gente».

Otros indios vinieron a verme y su reverencia por este hombre sonaba extraña en nuestro mundo, donde ocultamos las cosas grandes y las pequeñas bajo el mismo velo de comedia evidente y menosprecio a medias en serio. Cuando construíamos las catedrales, ¿teníamos acaso una reverencia semejante por nuestros grandes hombres? «Cada mañana a las tres —lo sé porque lo he visto—», me dijo uno, «se sienta inmóvil en contemplación, y durante dos horas no despierta de su ensimismamiento sobre la naturaleza de Dios. Su padre, el Maha Rishi, se sentaba a veces allí durante todo el día siguiente; una vez, en un río, cayó en contemplación a causa de la belleza del paisaje, y los remeros esperaron durante ocho horas antes de poder continuar su viaje». Luego me habló de la familia del señor Tagore y de cómo durante generaciones han salido grandes hombres de sus cunas. «Hoy», dijo, «están Gogonendranath y Abanindranath Tagore, que son artistas; y Dwijendranath, hermano de Rabindranath, que es un gran filósofo. Las ardillas bajan de las ramas y se suben a sus rodillas y los pájaros se posan en sus manos». Noto en el pensamiento de

estos hombres un sentido de belleza visible y de significado como si sostuvieran esa doctrina de Nietzsche de que no debemos creer en la belleza moral o intelectual que no se impone, tarde o temprano, sobre las cosas físicas. Yo dije: «En Oriente sabéis cómo mantener ilustre a una familia. El otro día, el conservador de un museo me señaló a un hombre de piel oscura que ordenaba unos grabados chinos y me dijo: “Ese es el conocedor hereditario del Mikado, es el decimocuarto de su familia que ocupa el cargo”». Él respondió: «Cuando Rabindranath era niño, tenía a su alrededor, en su casa, literatura y música». Pensé en la abundancia, en la sencillez de los poemas, y dije: «En vuestro país, ¿hay mucha literatura de propaganda, mucha crítica? Nosotros tenemos que hacer tanto, especialmente en mi propio país, que nuestras mentes dejan gradualmente de ser creativas, y sin embargo no podemos evitarlo. Si nuestra vida no fuera una guerra continua, no tendríamos gusto, no sabríamos lo que es bueno, no encontraríamos oyentes ni lectores. Las cuatro quintas partes de nuestra energía se gastan en la disputa con el mal gusto, ya sea en nuestras propias mentes o en las de los demás». «Comprendo», replicó él, «nosotros también tenemos nuestra literatura de propaganda. En los pueblos recitan largos poemas mitológicos adaptados del sánscrito en la Edad Media, y a menudo introducen pasajes que dicen a la gente que debe cumplir con sus deberes».

II

He llevado el manuscrito de estas traducciones conmigo durante días, leyéndolo en los trenes o en lo alto de los ómnibus y en los restaurantes, y a menudo he tenido que cerrarlo por temor a que algún extraño viese cuánto me conmovía. Estos poemas líricos — que en el original, según me dicen mis amigos indios, están llenos de sutiles ritmos, de intraducibles delicadezas de color, de invención métrica— muestran en su pensamiento un mundo con el que he soñado durante toda mi vida. Obra de una cultura suprema, parecen, sin embargo, brotar del suelo común como la hierba y los juncos. Una tradición en la que la poesía y la religión son una misma

cosa ha pasado a través de los siglos, recogiendo de sabios e ignorantes metáforas y emociones, y devolviendo de nuevo a la multitud el pensamiento del erudito y del noble. Si la civilización de Bengala permanece intacta, si esa mente común que —según se adivina— corre a través de todo, no está, como entre nosotros, rota en una docena de mentes que nada saben las unas de las otras, algo de lo más sutil de estos versos habrá llegado, en unas pocas generaciones, al mendigo de los caminos. Cuando no había más que una sola mente en Inglaterra, Chaucer escribió su *Troilo y Crésida* y, aunque pensó que había escrito para ser leído, o para ser leído en voz alta —porque nuestro tiempo se echaba encima a grandes pasos—, fue cantado por los ministriles durante algún tiempo. Rabindranath Tagore, como los precursores de Chaucer, escribe música para sus palabras, y se comprende en todo momento que es tan abundante, tan espontáneo, tan audaz en su pasión, tan lleno de sorpresa, porque hace algo que nunca ha parecido extraño, artificioso o necesitado de defensa. Estos versos no reposarán en pequeños libros bien impresos sobre las mesas de las damas que pasan las páginas con manos indolentes para suspirar por una vida sin sentido, que es, sin embargo, todo lo que pueden conocer de la vida; ni los llevarán los estudiantes de la universidad para dejarlos de lado cuando empiece el trabajo de la vida, sino que, a medida que pasen las generaciones, los viajeros los canturrearán por los caminos y los hombres que reman por los ríos. Los amantes, mientras se aguardan mutuamente, encontrarán, al murmurarlos, que este amor de Dios es un abismo mágico donde su propia pasión, más amarga, puede bañarse y renovar su juventud. En cada instante, el corazón de este poeta se desborda hacia ellos sin desmérito ni condescendencia, porque sabe que lo comprenderán; y se ha llenado con las circunstancias de sus vidas. El viajero con las ropas de color marrón rojizo que viste para que el polvo no se note en él, la muchacha que busca en su lecho los pétalos caídos de la guirnalda de su amante real, el siervo o la novia que esperan el regreso del señor en la casa vacía, son imágenes del corazón que se vuelve hacia Dios. Las flores y los ríos, el toque de las caracolas, la lluvia intensa del julio indio, o los estados de ese

corazón en unión o en separación; y un hombre sentado en una barca sobre un río tocando el laúd, como una de esas figuras llenas de misterioso significado en una pintura china, es Dios mismo. Todo un pueblo, una civilización entera, inmensamente extraña para nosotros, parece haber sido acogida en esta imaginación; y, sin embargo, no nos conmovemos por su extrañeza, sino porque hemos encontrado nuestra propia imagen, como si hubiéramos caminado por el bosque de sauces de Rossetti o escuchado, tal vez por primera vez en la literatura, nuestra propia voz como en un sueño. Desde el Renacimiento, los escritos de los santos europeos —por muy familiares que nos resulten sus metáforas y la estructura general de su pensamiento— han dejado de retener nuestra atención. Sabemos que al final debemos abandonar el mundo, y estamos acostumbrados en momentos de cansancio o de exaltación a considerar un abandono voluntario; pero ¿cómo podemos nosotros, que hemos leído tanta poesía, visto tantas pinturas, escuchado tanta música, donde el clamor de la carne y el clamor del alma parecen uno solo, abandonarlo con dureza y rudeza? ¿Qué tenemos en común con san Bernardo, que se cubría los ojos para que no se detuvieran en la belleza de los lagos de Suiza, o con la retórica violenta del Apocalipsis? Encontraríamos, si pudiéramos, como en este libro, palabras llenas de cortesía. «He recibido mi licencia. ¡Decidme adiós, hermanos míos! Me inclino ante todos vosotros y emprendo mi partida. Aquí devuelvo las llaves de mi puerta y renuncio a todo derecho sobre mi casa. Solo os pido unas últimas palabras amables. Fuimos vecinos durante mucho tiempo, pero recibí más de lo que pude dar. Ahora el día ha amanecido y la lámpara que alumbraba mi rincón oscuro se ha apagado. Ha llegado una llamada y estoy listo para mi viaje». Y es nuestro propio estado de ánimo, cuando se halla más lejos de Kempis o de Juan de la Cruz, el que clama: «Y porque amo esta vida, sé que amaré la muerte también». Sin embargo, no es solo en nuestros pensamientos sobre la partida donde este libro lo penetra todo. No sabíamos que amábamos a Dios, apenas si creíamos en Él; sin embargo, mirando hacia atrás sobre nuestra vida descubrimos, en nuestra exploración de las sendas de los bosques, en nuestro

deleite en los parajes solitarios de las colinas, en esa misteriosa demanda que hemos hecho, inútilmente, a la mujer que hemos amado, la emoción que creó esta dulzura insidiosa. «Entrando en mi corazón sin ser invitado, como uno más de la multitud, desconocido para mí, rey mío, grabaste el sello de la eternidad sobre muchos momentos fugaces». Esto ya no es la santidad de la celda y del azote; es solo un elevarse, por así decirlo, a una mayor intensidad del estado de ánimo del pintor que pinta el polvo y la luz del sol, y vamos en busca de una voz semejante a san Francisco y a William Blake, que tan ajenos han parecido en nuestra violenta historia.

III

Escribimos libros extensos donde acaso ninguna página posee cualidad alguna que haga de la escritura un placer, confiados en algún diseño general, del mismo modo que luchamos y ganamos dinero y nos llenamos la cabeza de política —todas ellas cosas tediosas al hacerlas—, mientras que el señor Tagore, como la propia civilización india, se ha contentado con descubrir el alma y entregarse a su espontaneidad. A menudo parece contrastar la vida con la de aquellos que han amado más a nuestra manera y tienen un peso más aparente en el mundo, y siempre lo hace con humildad, como si solo estuviera seguro de que su camino es el mejor para él: «Los hombres que vuelven a casa me miran y sonríen, y me llenan de vergüenza. Me siento como una mendiga, cubriéndome el rostro con la falda, y cuando me preguntan qué es lo que quiero, bajo los ojos y no les respondo». En otra ocasión, recordando que su vida tuvo una vez una forma diferente, dirá: «Muchas horas he pasado en la contienda del bien y del mal, pero ahora es el placer de mi compañero de juegos de los días vacíos atraer mi corazón hacia él; y no sé a qué se debe esta repentina llamada a tan inútil intrascendencia». Una inocencia, una sencillez que no se encuentra en otra parte de la literatura hace que los pájaros y las hojas le parezcan tan cercanos como lo son para los niños, y los cambios de las estaciones grandes acontecimientos, como antes de que nuestros pensamientos se interpusieran entre

ellos y nosotros. A veces me pregunto si lo recibe de la literatura de Bengala o de la religión, y otras veces, recordando los pájaros que se posaban en las manos de su hermano, me agrada pensarlo hereditario, un misterio que fue creciendo a través de los siglos como la cortesía de un Tristán o de un Pellinore. En verdad, cuando habla de los niños, esta cualidad parece formar parte de él de tal manera que uno no está seguro de si no habla también de los santos: «Construyen sus casas con arena y juegan con conchas vacías. Con hojas secas tejen sus barcas y las hacen flotar sonrientes en el vasto abismo. Los niños juegan en la orilla de los mundos. No saben nadar, no saben echar las redes. Los buscadores de perlas se sumergen en busca de perlas, los mercaderes navegan en sus barcos, mientras los niños recogen guijarros y vuelven a esparcirlos. No buscan tesoros ocultos, no saben echar las redes».

W. B. YEATS Septiembre de 1912.

GITANJALI

1

Me has hecho interminable, tal es tu deleite. Vacías una y otra vez este frágil vaso y lo llenas siempre con vida fresca. Esta pequeña flauta de caña la has llevado por colinas y valles, y has respirado a través de ella melodías eternamente nuevas. Al toque inmortal de tus manos, mi pequeño corazón pierde sus límites de alegría y da nacimiento a una expresión inefable. Tus dones infinitos me llegan solo a estas manos mías tan pequeñas. Pasan las edades y sigues vertiendo, y todavía queda espacio por llenar.

2

Cuando me ordenas cantar, parece que el corazón se me va a romper de orgullo; miro tu rostro y las lágrimas me asoman a los ojos. Todo lo que es rudo y disonante en mi vida se funde en una

dulce armonía, y mi adoración despliega las alas como un ave dichosa en su vuelo a través del mar. Sé que te deleitas en mi canto. Sé que solo como cantor me presento ante tu presencia. Toco con el borde del ala extendida de mi canto tus pies, que nunca podría aspirar a alcanzar. Embriagado con la alegría de cantar, me olvido de mí mismo y te llamo amigo a ti, que eres mi señor.

3

¡No sé cómo cantas, maestro mío! Siempre escucho con silencioso asombro. La luz de tu música ilumina el mundo. El aliento de vida de tu música corre de cielo a cielo. El río sagrado de tu música rompe todos los obstáculos de piedra y corre rauda. Mi corazón anhela unirse a tu canto, pero lucha en vano por encontrar la voz. Quisiera hablar, pero la palabra no estalla en canto, y clamo frustrado. ¡Ah, has cautivado mi corazón en las mallas infinitas de tu música, maestro mío!

4

Vida de mi vida, intentaré siempre mantener mi cuerpo puro, sabiendo que tu tacto vivo está en todos mis miembros. Intentaré siempre alejar toda falsedad de mis pensamientos, sabiendo que tú eres esa verdad que ha encendido la luz de la razón en mi mente. Intentaré siempre expulsar todo mal de mi corazón y mantener mi amor en flor, sabiendo que tienes tu asiento en el santuario más íntimo de mi corazón. Y mi empeño será revelarte en mis acciones, sabiendo que es tu poder el que me da fuerzas para actuar.

5

Te pido la indulgencia de un momento para sentarme a tu lado. Las tareas que tengo entre manos las terminaré después. Lejos de la vista de tu rostro, mi corazón no conoce descanso ni respiro, y mi trabajo se convierte en una labor infinita en un mar de fatiga sin orillas. Hoy el verano ha llegado a mi ventana con sus suspiros y murmullos; y las abejas ejercen su música en la corte del bosque

florecido. Ahora es tiempo de sentarse en calma, cara a cara contigo, y cantar la entrega de la vida en este ocio silencioso y desbordante.

6

¡Arranca esta pequeña flor y tócala, no te demores! Temo que se marchite y caiga en el polvo. Tal vez no encuentre un lugar en tu guirnalda, pero hónrala con un toque de dolor de tu mano y arrácala. Temo que el día termine antes de que me dé cuenta y el tiempo de la ofrenda pase de largo. Aunque su color no sea intenso y su aroma sea tenue, usa esta flor en tu servicio y arrácala mientras quede tiempo.

7

Mi canción se ha despojado de sus adornos. No tiene orgullo de vestido ni de decoración. Los ornamentos estropearían nuestra unión; se interpondrían entre tú y yo; su tintineo ahogaría tus susurros. Mi vanidad de poeta muere de vergüenza ante tu mirada. Oh maestro poeta, me he sentado a tus pies. Solo déjame hacer mi vida sencilla y recta, como una flauta de caña para que la llenes con tu música.

8

El niño que está ataviado con ropajes de príncipe y que lleva cadenas de joyas alrededor del cuello pierde todo placer en su juego; su vestido lo estorba a cada paso. Por miedo a que se gaste o se manche de polvo, se mantiene apartado del mundo y teme incluso moverse. Madre, de nada sirve tu atadura de galas si nos aparta del polvo saludable de la tierra, si nos roba el derecho de entrada a la gran feria de la vida humana común.

9

¡Oh necio, intenta llevarte sobre tus propios hombros! ¡Oh mendigo, venir a mendigar a tu propia puerta! Deja todas tus cargas en las

manos de quien puede soportarlo todo, y nunca mires atrás con pesar. Tu deseo apaga al instante la luz de la lámpara que toca con su aliento. Es impuro: no recibas tus dones a través de sus manos manchadas. Acepta solo lo que ofrece el amor sagrado.

10

Aquí está tu estrado y allí descansan tus pies, donde viven los más pobres, los más humildes y los desamparados. Cuando intento inclinarme ante ti, mi reverencia no puede descender hasta la profundidad donde tus pies descansan entre los más pobres, los más humildes y los desamparados. El orgullo nunca puede acercarse a donde tú caminas con las ropas de los humildes entre los más pobres, los más humildes y los desamparados. Mi corazón nunca puede encontrar el camino hacia donde tú haces compañía a los que no tienen compañero entre los más pobres, los más humildes y los desamparados.

11

¡Deja ese salmodiar, esos cantos y el pasar de las cuentas! ¿A quién adoras en este rincón oscuro y solitario de un templo con las puertas cerradas? ¡Abre los ojos y mira que tu God no está ante ti! Él está allí donde el labrador labra la tierra dura y donde el picapedrero rompe las piedras. Está con ellos bajo el sol y la lluvia, y su ropa está cubierta de polvo. ¡Quítate tu manto sagrado y, al igual que él, desciende al suelo polvoriento! ¿Liberación? ¿Dónde se encuentra esa liberación? Nuestro propio maestro ha tomado con alegría las ligaduras de la creación; está ligado con todos nosotros para siempre. ¡Sal de tus meditaciones y deja a un lado tus flores y el incienso! ¿Qué daño hay si tus ropas se rompen y se manchan? Encuéntralo y permanece a su lado en la fatiga y en el sudor de tu frente.

12

El tiempo que toma mi viaje es largo y su camino es largo. Salí en el carro del primer destello de luz y proseguí mi viaje a través de los desiertos de los mundos, dejando mi rastro en muchas estrellas y planetas. Es el rumbo más distante el que más se acerca a ti mismo, y ese aprendizaje es el más intrincado que conduce a la total sencillez de una melodía. El viajero tiene que llamar a cada puerta ajena para llegar a la suya propia, y uno tiene que vagar por todos los mundos exteriores para alcanzar el santuario más íntimo al final. Mis ojos vagaron a lo largo y a lo ancho antes de cerrarlos y decir: «¡Aquí estás!». La pregunta y el clamor «¡Oh! ¿Dónde?» se funden en lágrimas de mil ríos y anegan el mundo con el torrente de la certeza: «¡Yo soy!».

13

La canción que vine a cantar permanece sin cantar hasta el día de hoy. He pasado los días templando y destemplando mi instrumento. El tiempo no ha llegado, las palabras no se han dispuesto bien; solo queda la agonía del deseo en mi corazón. La flor no se ha abierto; solo el viento pasa suspirando. No he visto su rostro ni he escuchado su voz; solo he oído sus pasos suaves desde el camino frente a mi casa. El día entero ha pasado extendiendo su asiento en el suelo; pero la lámpara no se ha encendido y no puedo invitarlo a entrar en mi casa. Vivo con la esperanza de encontrarme con él; pero este encuentro no es todavía.

14

Mis deseos son muchos y mi clamor es lastimero, pero siempre me salvaste con duros rechazos; y esta firme misericordia se ha entretejido en mi vida por completo. Día a día me haces digno de los dones sencillos y grandes que me diste sin pedirlo —este cielo y la luz, este cuerpo, la vida y la mente—, salvándome de los peligros del deseo excesivo. Hay momentos en que me demoro lánguidamente y momentos en que despierto y me apresuro en

busca de mi meta; pero cruelmente te ocultas ante mí. Día a día me haces digno de tu total aceptación al rechazarme una y otra vez, salvándome de los peligros del deseo débil e incierto.

15

Estoy aquí para cantarte canciones. En este salón tuyo tengo un asiento en el rincón. En tu mundo no tengo trabajo que hacer; mi vida inútil solo puede estallar en melodías sin un propósito. Cuando suene la hora de tu adoración silenciosa en el templo oscuro de la medianoche, ordéname, maestro mío, comparecer ante ti para cantar. Cuando en el aire de la mañana el arpa de oro esté templada, hónrame ordenando mi presencia.

16

He recibido mi invitación al festival de este mundo, y así mi vida ha sido bendecida. Mis ojos han visto y mis oídos han escuchado. Mi parte en esta fiesta era tocar mi instrumento, y he hecho todo lo que he podido. Ahora pregunto, ¿ha llegado al fin el momento en que pueda entrar, ver tu rostro y ofrecerte mi saludo silencioso?

17

Solo estoy esperando que el amor me entregue por fin en sus manos. Por eso es tan tarde y por eso he sido culpable de tales omisiones. Vienen con sus leyes y sus códigos para atarme firmemente; pero los evado siempre, porque solo estoy esperando que el amor me entregue por fin en sus manos. La gente me culpa y me llama descuidado; no dudo de que tengan razón en su reproche. El día de mercado ha terminado y el trabajo está todo hecho para los laboriosos. Los que vinieron a llamarme en vano han regresado enfadados. Solo estoy esperando que el amor me entregue por fin en sus manos.

18

Las nubes se amontonan sobre las nubes y se oscurece. Ah, amor, ¿por qué me dejas esperar afuera de la puerta, completamente solo? En los momentos ocupados del trabajo del mediodía estoy con la multitud, pero en este día oscuro y solitario es solo en ti en quien espero. Si no me muestras tu rostro, si me dejas totalmente a un lado, no sé cómo voy a pasar estas largas horas de lluvia. Me quedo contemplando la lejana penumbra del cielo, y mi corazón vaga lamentándose con el viento inquieto.

19

Si no hablas, llenaré mi corazón con tu silencio y lo soportaré. Me quedaré inmóvil y esperaré como la noche, con vigilia estrellada y la cabeza inclinada con paciencia. La mañana vendrá con certeza, la oscuridad desaparecerá y tu voz se derramará en torrentes de oro rompiendo el cielo. Entonces tus palabras tomarán alas en canciones desde cada uno de los nidos de mis pájaros, y tus melodías brotarán en flores en todos mis bosques.

20

El día en que floreció el loto, ay, mi mente andaba dispersa y no lo supe. Mi cesta estaba vacía y la flor quedó desatendida. Solo de vez en cuando me invadía una tristeza, y despertaba sobresaltado de mi sueño y sentía el dulce rastro de una fragancia extraña en el viento del sur. Esa vaga dulzura me hacía doler el corazón de nostalgia y me parecía que era el aliento ansioso del verano que buscaba su consumación. No sabía entonces que estaba tan cerca, que era mía, y que esta dulzura perfecta había florecido en lo profundo de mi propio corazón.

21

Debo botar mi barca al agua. Las horas lánguidas pasan en la orilla. ¡Ay de mí! La primavera ha terminado su floración y se ha despedido. Y ahora, con la carga de flores marchitas y lútiles,

espero y me demoro. Las olas se han vuelto clamorosas, y en la orilla, en la senda sombreada, las hojas amarillas revolotean y caen. ¿Qué vacío contemplas? ¿No sientes un escalofrío pasar por el aire con las notas de la canción lejana que flota desde la otra orilla?

22

En las densas sombras del lluvioso julio caminas con pasos secretos, silencioso como la noche, eludiendo a todos los guardianes. Hoy la mañana ha cerrado los ojos, ajena a las llamadas insistentes del fuerte viento del este, y un espeso velo se ha corrido sobre el cielo azul, siempre despierto. Los bosques han acallado sus cantos y las puertas están cerradas en todas las casas. Tú eres el caminante solitario en esta calle desierta. Oh mi único amigo, mi más amado, las puertas de mi casa están abiertas: no pases de largo como un sueño.

23

¿Estás de viaje en esta noche de tormenta en tu itinerario de amor, amigo mío? El cielo gime como quien está desesperado. No tengo sueño esta noche. Una y otra vez abro mi puerta y miro hacia la oscuridad, ¡amigo mío! No puedo ver nada ante mí. ¡Me pregunto dónde estará tu camino! ¿Por qué remota orilla del río negro como la tinta, por qué lejano confín del bosque ceñudo, a través de qué laberíntica profundidad de penumbra te abres paso para venir a mí, amigo mío?

24

Si el día ha terminado, si los pájaros ya no cantan, si el viento ha amainado cansado, entonces corre el espeso velo de la oscuridad sobre mí, tal como has envuelto la tierra con la colcha del sueño y has cerrado con ternura los pétalos del loto que se marchita al anochecer. Al viajero cuya bolsa de provisiones está vacía antes de que termine el viaje, cuya ropa está rota y cargada de polvo, cuyas fuerzas están agotadas, quítale la vergüenza y la pobreza, y

renueva su vida como una flor bajo el amparo de tu noche bondadosa.

25

En la noche del cansancio déjame entregarme al sueño sin luchar, depositando mi confianza en ti. No me dejes forzar mi espíritu decaído a una pobre preparación para tu adoración. Eres tú quien corre el velo de la noche sobre los ojos cansados del día para renovar su vista en una frescura más alegre al despertar.

26

Vino y se sentó a mi lado, pero no desperté. ¡Qué maldito sueño fue, oh, miserable de mí! Vino cuando la noche estaba en calma; tenía su arpa en las manos y mis sueños se hicieron resonantes con sus melodías. Ay, ¿por qué se pierden todas mis noches de este modo? Ah, ¿por qué me pierdo siempre su mirada, a él cuyo aliento toca mi sueño?

27

¡Luz, oh, ¿dónde está la luz?! ¡Enciéndela con el fuego ardiente del deseo! Ahí está la lámpara, pero ni un destello de llama... ¿es ese tu destino, corazón mío? ¡Ah, la muerte sería mucho mejor para ti! La miseria llama a tu puerta, y su mensaje es que tu señor está en vela y te llama a la cita de amor a través de la oscuridad de la noche. El cielo está cubierto de nubes y la lluvia es incesante. No sé qué es esto que se agita en mí; no sé su significado. El destello de un relámpago arrastra una penumbra más profunda sobre mi vista, y mi corazón busca a tientas el camino hacia donde me llama la música de la noche. ¡Luz, oh, ¿dónde está la luz?! ¡Enciéndela con el fuego ardiente del deseo! Truenas y el viento corre gritando por el vacío. La noche es negra como una piedra negra. No dejes pasar las horas en la oscuridad. Enciende la lámpara del amor con tu vida.

28

Obstinados son los lazos, pero me duele el corazón cuando intento romperlos. La libertad es todo lo que quiero, pero me avergüenzo de esperarla. Estoy seguro de que en ti hay una riqueza inestimable y de que eres mi mejor amigo, pero no tengo el valor de barrer la oropel que llena mi habitación. La mortaja que me cubre es una mortaja de polvo y muerte; la odio y, sin embargo, la abrazo con amor. Mis deudas son grandes, mis fracasos enormes, mi vergüenza secreta y pesada; sin embargo, cuando vengo a pedir mi bien, tiemblo de miedo por si mi oración es concedida.

29

Aquel a quien encierro con mi nombre llora en esta mazmorra. Siempre estoy ocupado levantando este muro a mi alrededor; y a medida que este muro sube hacia el cielo día tras día, pierdo de vista mi verdadero ser en su sombra oscura. Me enorgullezco de este gran muro y lo revoco con polvo y arena para que no quede el menor agujero en este nombre; y por todo el cuidado que pongo, pierdo de vista mi verdadero ser.

30

Salí sola de camino a mi cita. Pero ¿quién es este que me sigue en la oscuridad silenciosa? Me hago a un lado para evitar su presencia, pero no logro escapar de él. Hace levantar el polvo de la tierra con su andar arrogante; añade su voz fuerte a cada palabra que pronuncio. Es mi propio pequeño ser, señor mío, no conoce la vergüenza; pero a mí me avergüenza venir a tu puerta en su compañía.

31

—Prisionero, dime, ¿quién fue el que te ató? —Fue mi señor —dijo el prisionero—. Pensé que podía superar a todos en el mundo en riqueza y poder, y acumulé en mi propio tesoro el dinero debido a mi rey. Cuando el sueño me venció, me acosté en el lecho que era para

mi señor, y al despertar descubrí que era prisionero en mi propio tesoro. —Prisionero, dime, ¿quién fue el que forjó esta cadena inquebrantable? —Fui yo —dijo el prisionero—, quien forjó esta cadena con mucho cuidado. Pensé que mi poder invencible mantendría cautivo al mundo, dejándome en una libertad imperturbable. Así, noche y día trabajé en la cadena con grandes fuegos y golpes crueles y duros. Cuando por fin el trabajo estuvo hecho y los eslabones fueron completos e inquebrantables, descubrí que me tenía sujeto en su cepo.

32

Por todos los medios intentan retenerme seguro quienes me aman en este mundo. Pero es diferente con tu amor, que es mayor que el de ellos, y tú me mantienes libre. Por miedo a que los olvide, nunca se atreven a dejarme solo. Pero pasa un día tras otro y tú no te dejas ver. Si no te llamo en mis oraciones, si no te guardo en mi corazón, tu amor por mí sigue esperando mi amor.

33

Cuando era de día vinieron a mi casa y dijeron: «Solo tomaremos la habitación más pequeña de aquí». Dijeron: «Te ayudaremos en la adoración de tu Dios y aceptaremos humildemente solo nuestra propia parte de su gracia»; y luego tomaron asiento en un rincón y se quedaron quietos y mansos. Pero en la oscuridad de la noche descubro que irrumpen en mi santuario sagrado, fuertes y turbulentos, y arrebatan con impura codicia las ofrendas del altar de Dios.

34

Deja que quede solo lo poco de mí por lo que pueda llamarte mi todo. Deja que quede solo lo poco de mi voluntad por lo que pueda sentirte en todas partes, y venir a ti en cada cosa, y ofrecerte mi amor a cada momento. Deja que quede solo lo poco de mí por lo que nunca te oculte. Deja que quede solo lo poco de mis cadenas

por lo que esté ligado a tu voluntad y tu propósito se cumpla en mi vida; y esa es la cadena de tu amor.

35

Donde la mente está sin temor y la cabeza se yergue alta; Donde el conocimiento es libre; Donde el mundo no ha sido roto en fragmentos por estrechos muros domésticos; Donde las palabras brotan de la profundidad de la verdad; Donde el esfuerzo incansable estira sus brazos hacia la perfección; Donde el claro arroyo de la razón no ha perdido su camino en la arena árida del desierto del hábito muerto; Donde la mente es llevada hacia adelante por ti hacia pensamientos y acciones cada vez más amplios... En ese cielo de libertad, Padre mío, deja que mi patria despierte.

36

Esta es mi oración para ti, señor mío: hiere, hiere en la raíz de la penuria de mi corazón. Dame la fuerza para sobrellevar con ligereza mis alegrías y mis penas. Dame la fuerza para hacer que mi amor sea fructífero en el servicio. Dame la fuerza para no renegar nunca de los pobres ni doblar las rodillas ante el poder insolente. Dame la fuerza para elevar mi mente muy por encima de las minucias cotidianas. Y dame la fuerza para rendir mi fuerza a tu voluntad con amor.

37

Pensé que mi viaje había llegado a su fin en el último límite de mis fuerzas; que el camino ante mí estaba cerrado, las provisiones agotadas y que había llegado el momento de refugiarse en una silenciosa oscuridad. Pero descubro que tu voluntad no conoce fin en mí. Y cuando las viejas palabras mueren en la lengua, nuevas melodías rompen desde el corazón; y donde se pierden los viejos senderos, se revela una nueva tierra con sus maravillas.

38

Que te quiero a ti, solo a ti: que mi corazón lo repita sin fin. Todos los deseos que me distraen, día y noche, son falsos y vacíos hasta la médula. Como la noche guarda oculta en su penumbra la petición de luz, así en lo profundo de mi inconsciencia resuena el clamor: Te quiero a ti, solo a ti. Como la tormenta sigue buscando su fin en la paz cuando arremete contra la paz con todas sus fuerzas, así mi rebelión arremete contra tu amor y, aun así, su clamor es: Te quiero a ti, solo a ti.

39

Cuando el corazón esté duro y reseco, ven a mí con una lluvia de misericordia. Cuando la gracia se pierda de la vida, ven con un estallido de canciones. Cuando el trabajo tumultuoso levante su estrépito por todas partes cerrándome el paso del más allá, ven a mí, señor mío del silencio, con tu paz y tu descanso. Cuando mi corazón mendigo se siente agazapado, encerrado en un rincón, derriba la puerta, rey mío, y entra con la pompa de un rey. Cuando el deseo ciego la mente con el engaño y el polvo, oh tú, el santo, el que está en vela, ven con tu luz y tu trueno.

40

La lluvia se ha contenido durante días y días, Dios mío, en mi corazón árido. El horizonte está ferozmente desnudo: ni la cubierta más delgada de una nube suave, ni la insinuación más vaga de un chaparrón fresco y distante. Envía tu tormenta airada, oscura de muerte, si es tu deseo, y con azotes de relámpagos sobresalta el cielo de un extremo a otro. Pero haz retirar, señor mío, haz retirar este calor silencioso que lo invade todo, inmóvil, agudo y cruel, que quema el corazón con funesta desesperación. Deja que la nube de la gracia se incline baja desde lo alto como la mirada llorosa de la madre el día de la ira del padre.

41

¿Dónde te encuentras detrás de todos ellos, amante mío, ocultándote en las sombras? Te empujan y pasan de largo a tu lado en el camino polvoriento, tomándote por nada. Espero aquí horas fatigosas extendiendo mis ofrendas para ti, mientras los transeúntes vienen y se llevan mis flores, una a una, y mi cesta está casi vacía. El tiempo de la mañana ha pasado, y el mediodía. En la sombra de la tarde mis ojos están pesados de sueño. Los hombres que vuelven a casa me miran y sonríen, y me llenan de vergüenza. Me siento como una mendiga, cubriéndome el rostro con la falda, y cuando me preguntan qué es lo que quiero, bajo los ojos y no les respondo. Oh, cómo, en verdad, podría decirles que te espero a ti, y que has prometido venir. Cómo podría pronunciar por vergüenza que guardo por dote esta pobreza. Ah, abrazo este orgullo en el secreto de mi corazón. Me siento en la hierba y contemplo el cielo y sueño con el repentino esplendor de tu venida: todas las luces encendidas, gallardetes de oro ondeando sobre tu carro, y ellos a la orilla del camino boquiabiertos, cuando te vean descender de tu asiento para levantarme del polvo y colocar a tu lado a esta andrajosa mendiga temblorosa de vergüenza y orgullo, como una enredadera en la brisa del verano. Pero el tiempo se desliza y todavía no hay sonido de las ruedas de tu carro. Muchas procesiones pasan con ruido, gritos y glamor de gloria. ¿Eres solo tú quien se quedaría en la sombra, silencioso y detrás de todos ellos? ¿Y solo yo quien esperaría y lloraría y desgastaría mi corazón en vano anhelo?

42

Temprano en el día se susurró que navegaríamos en una barca, solo tú y yo, y nunca alma alguna en el mundo sabría de esta nuestra peregrinación a ninguna tierra y a ningún fin. En ese océano sin orillas, ante tu sonrisa que escucha en silencio, mis canciones se inflarían en melodías, libres como las olas, libres de toda atadura de palabras. ¿No ha llegado el momento todavía? ¿Hay trabajos todavía por hacer? Mira, la tarde ha caído sobre la orilla y en la luz que se desvanece las aves marinas vienen volando a sus nidos.

¿Quién sabe cuándo se romperán las cadenas y la barca, como el último destello del ocaso, desaparecerá en la noche?

43

Hubo un día en que no me mantuve dispuesta para ti; y entrando en mi corazón sin ser invitado, como uno más de la mentalidad común, desconocido para mí, rey mío, grabaste el sello de la eternidad sobre muchos momentos fugaces de mi vida. Y hoy, cuando por casualidad doy con ellos y veo tu firma, descubro que han permanecido esparcidos en el polvo, mezclados con el recuerdo de alegrías y penas de mis días triviales ya olvidados. No te apartaste con desprecio de mis juegos infantiles en el polvo, y los pasos que oí en mi cuarto de juegos son los mismos que resuenan de estrella en estrella.

44

Este es mi deleite, esperar y vigilar así junto al camino donde la sombra persigue a la luz y la lluvia viene en pos del verano. Mensajeros, con noticias de cielos desconocidos, me saludan y se apresuran por el camino. Mi corazón está alegre por dentro, y el aliento de la brisa que pasa es dulce. Desde el amanecer hasta el anochecer me siento aquí ante mi puerta, y sé que de repente llegará el momento feliz en que veré. Mientras tanto, sonrío y canto completamente sola. Mientras tanto, el aire se llena con el perfume de la promesa.

45

¿No has oído sus pasos silenciosos? Él viene, viene, viene siempre. A cada momento y en cada edad, cada día y cada noche él viene, viene, viene siempre. Muchas canciones he cantado en muchos estados de ánimo, pero todas sus notas han proclamado siempre: «Él viene, viene, viene siempre». En los días fragantes del soleado abril, por el sendero del bosque él viene, viene, viene siempre. En la penumbra lluviosa de las noches de julio, en el carro atronador de

las nubes él viene, viene, viene siempre. En una pena tras otra, son sus pasos los que oprimen mi corazón, y es el toque de oro de sus pies lo que hace brillar mi alegría.

46

No sé desde qué tiempo distante vienes acercándote cada vez más para encontrarte conmigo. Tu sol y tus estrellas nunca podrán mantenerte oculto de mí para siempre. En muchas mañanas y tardes se han oído tus pasos y tu mensajero ha entrado en mi corazón y me ha llamado en secreto. No sé por qué solo hoy mi vida está toda en agitación, y un sentimiento de alegría trémula pasa por mi corazón. Es como si hubiera llegado el momento de dar por terminado mi trabajo, y siento en el aire un leve olor de tu dulce presencia.

47

La noche está casi agotada esperando en vano por él. Temo que por la mañana venga de repente a mi puerta cuando me haya quedado dormida, cansada de esperar. Oh amigos, dejadle el camino abierto: no se lo prohibáis. Si el sonido de sus pasos no me despierta, no intentéis despertarme, os lo ruego. No deseo ser llamada de mi sueño por el coro clamoroso de los pájaros, por el alboroto del viento en el festival de la luz de la mañana. Dejadme dormir tranquila, incluso si mi señor viene de repente a mi puerta. Ah, mi sueño, precioso sueño, que solo espera su toque para desaparecer. Ah, mis ojos cerrados, que abrirían sus párpados solo a la luz de su sonrisa cuando se presente ante mí como un sueño que emerge de la oscuridad del sueño. Que aparezca ante mi vista como la primera de todas las luces y de todas las formas. Que el primer estremecimiento de alegría de mi alma despertada venga de su mirada. Y que mi regreso a mí misma sea un regreso inmediato a él.

48

El mar de silencio de la mañana rompió en ondas de cantos de pájaros; y las flores estaban todas alegres a la orilla del camino; y la riqueza de oro se dispersaba a través de la grieta de las nubes mientras nosotros continuábamos afanosos nuestro camino y no prestábamos atención. No cantamos canciones alegres ni jugamos; no fuimos al pueblo para el trueque; no dijimos una palabra ni sonreímos; no nos demoramos en el camino. Apresuramos nuestro paso más y más a medida que el tiempo corría. El sol subió a la mitad del cielo y las palomas arrullaban en la sombra. Las hojas secas danzaban y giraban en el aire caliente del mediodía. El pastorcillo dormitaba y soñaba a la sombra del baniano, y yo me acosté junto al agua y estiré mis miembros cansados sobre la hierba. Mis compañeros se rieron de mí con desprecio; mantuvieron la cabeza alta y se apresuraron; nunca miraron atrás ni descansaron; desaparecieron en la lejana neblina azul. Cruzaron muchos prados y colinas, y pasaron por países extraños y lejanos. ¡Todo el honor para vosotros, hueste heroica del camino interminable! La burla y el reproche me aguijonearon para que me levantara, pero no encontraron respuesta en mí. Me di por perdida en la profundidad de una humillación dichosa, en la sombra de un deleite tenue. El reposo de la penumbra verde bordada de sol se extendió lentamente sobre mi corazón. Olvidé por qué había viajado y entregué mi mente sin luchar al laberinto de sombras y canciones. Al fin, cuando desperté de mi sueño y abrí los ojos, te vi de pie a mi lado, inundando mi sueño con tu sonrisa. ¡Cómo había temido que el camino fuera largo y fatigoso, y dura la lucha para alcanzarte!

49

Descendiste de tu trono y te detuviste ante la puerta de mi cabaña. Yo estaba cantando completamente sola en un rincón, y la melodía te llamó la atención. Descendiste y te detuviste ante la puerta de mi cabaña. Los maestros son muchos en tu salón, y allí se cantan canciones a todas horas. Pero el canto sencillo de esta novicia conmovió tu amor. Una pequeña estrofa lastimera se mezcló con la

gran música del mundo, y con una flor por premio descendiste y te detuviste ante la puerta de mi cabaña.

50

Había ido a mendigar de puerta en puerta por el sendero del pueblo, cuando tu carro de oro apareció en la distancia como un sueño espléndido, ¡y me pregunté quién sería este Rey de todos los reyes! Mis esperanzas se elevaron y pensé que mis días malos habían llegado a su fin, y me quedé esperando que se me dieran limosnas sin pedir las y que la riqueza se esparciera por todas partes en el polvo. El carro se detuvo donde yo estaba. Tu mirada cayó sobre mí y bajaste con una sonrisa. Sentí que la suerte de mi vida había llegado al fin. Entonces, de repente, extendiste tu mano derecha y dijiste: «¿Qué tienes para darme?». ¡Ah, qué burla tan real abrir la palma de la mano a un mendigo para mendigar! Me quedé confusa e indecisa, y luego, de mi zurrón, saqué lentamente el granito de maíz más pequeño y te lo di. Pero cuán grande fue mi sorpresa cuando, al terminar el día, vacié mi bolsa en el suelo para encontrar un pequeñísimo grano de oro entre el pobre montón. Lloré amargamente y deseé haber tenido el valor de darte mi todo.

51

La noche se oscureció. Nuestros trabajos del día habían terminado. Pensamos que el último huésped había llegado para pasar la noche y las puertas del pueblo estaban todas cerradas. Solo algunos decían que el rey iba a venir. Nos reímos y dijimos: «¡No, no puede ser!». Pareció que llamaban a la puerta y dijimos que no era más que el viento. Apagamos las lámparas y nos acostamos a dormir. Solo algunos dijeron: «¡Es el mensajero!». Nos reímos y dijimos: «¡No, debe de ser el viento!». Vino un sonido en lo muerto de la noche. Pensamos con sueño que era el trueno distante. La tierra tembló, las paredes se tambalearon, y aquello nos perturbó en el sueño. Solo algunos dijeron que era el sonido de ruedas. Dijimos en un murmullo somnoliento: «¡No, debe de ser el retumbar de las nubes!». La noche estaba todavía oscura cuando sonó el tambor.

Vino la voz: «¡Despertad! ¡No os demoréis!». Nos llevamos las manos al corazón y nos estremecemos de miedo. Algunos dijeron: «¡Mirad, ahí está la bandera del rey!». Nos pusimos de pie y gritamos: «¡No hay tiempo para demoras!». El rey ha venido... ¿pero dónde están las luces, dónde las guirnaldas? ¿Dónde está el trono para sentarlo? ¡Oh, vergüenza! ¡Oh, total vergüenza! ¿Dónde está el salón, los adornos? Alguien ha dicho: «¡Vano es este clamor! ¡Recíbelo con las manos vacías, llévalo a tus habitaciones desiertas!». ¡Abrid las puertas, que suenen las caracolas! En lo profundo de la noche ha venido el rey de nuestra casa oscura y lúgubre. El trueno ruge en el cielo. La oscuridad se estremece con los relámpagos. Saca tu estera andrajosa y extiéndela en el patio. Con la tormenta ha venido de repente nuestro rey de la noche temerosa.

52

Pensé que te pediría —pero no me atreví— la guirnalda de rosas que llevabas al cuello. Así esperé a la mañana, cuando te marchaste, para encontrar unos fragmentos en el lecho. Y como una mendiga busqué en el amanecer solo un pétalo o dos sueltos. ¡Ay de mí! ¿Qué es lo que encuentro? ¿Qué prenda queda de tu amor? No es ninguna flor, ni especias, ni un jarrón de agua perfumada. Es tu espada poderosa, centelleante como una llama, pesada como un rayo de trueno. La luz joven de la mañana entra por la ventana y se extiende sobre tu lecho. El pájaro de la mañana gía y pregunta: «Mujer, ¿qué tienes?». No, no es ninguna flor, ni especias, ni un jarrón de agua perfumada: es tu espada terrible. Me siento y medito con asombro qué don es este tuyo. No encuentro lugar donde esconderlo. Me avergüenza llevarlo, frágil como soy, y me hiere cuando lo aprieto contra mi pecho. Sin embargo, llevaré en mi corazón este honor de la carga del dolor, este don tuyo. A partir de ahora no quedará temor para mí en este mundo, y tú serás victorioso en todas mis contiendas. Has dejado a la muerte por compañera mía y la coronaré con mi vida. Tu espada está conmigo para cortar mis ligaduras, y no quedará temor en el mundo para mí.

A partir de ahora dejo todos los pequeños adornos. Señor de mi corazón, no habrá más para mí esperar y llorar en los rincones, no más timidez ni dulzura de modales. Me has dado tu espada por adorno. ¡No más adornos de muñecas para mí!

53

Hermosa es tu pulsera, adornada con estrellas y hábilmente labrada con miríadas de joyas de colores. Pero más hermosa es para mí tu espada, con su curva de relámpago como las alas extendidas del ave divina de Visnú, perfectamente equilibrada en la luz roja y airada del ocaso. Estremece como la última respuesta de la vida en éxtasis de dolor ante el golpe final de la muerte; brilla como la llama pura del ser que quema el sentido terrenal con un destello feroz. Hermosa es tu pulsera, adornada con gemas estrelladas; pero tu espada, oh señor del trueno, está labrada con la máxima belleza, terrible de contemplar o de pensar.

54

Nada te pedí; no pronuncié mi nombre a tu oído. Cuando te despediste, me quedé en silencio. Estaba sola junto al pozo donde la sombra del árbol caía de sesgo, y las mujeres habían vuelto a casa con sus cántaros de barro marrón llenos hasta el borde. Me llamaron y gritaron: «Ven con nosotras, la mañana avanza hacia el mediodía». Pero me demoré lánguidamente un rato, perdida en medio de vagas meditaciones. No oí tus pasos cuando viniste. Tus ojos estaban tristes cuando cayeron sobre mí; tu voz era cansada cuando hablaste bajo: «Ah, soy un viajero sediento». Desperté de mis sueños despiertos y vertí agua de mi jarra en tus palmas unidas. Las hojas susurraban arriba; el cuco cantaba desde la oscuridad invisible, y el perfume de las flores de babla venía de la curva del camino. Me quedé sin habla de vergüenza cuando me preguntaste mi nombre. En verdad, ¿qué había hecho yo por ti para que me guardaras en tu recuerdo? Pero el recuerdo de haber podido darte agua para aplacar tu sed se aferrará a mi corazón y lo envolverá en dulzura. La hora de la mañana es avanzada, el pájaro canta con

notas cansadas, las hojas de neem susurran arriba y yo me siento a pensar y pensar.

55

La languidez está sobre tu corazón y el sueño permanece todavía en tus ojos. ¿No te ha llegado la palabra de que la flor reina en esplendor entre las espinas? ¡Despierta, oh, despierta! ¡No dejes que el tiempo pase en vano! Al final del camino de piedra, en el país de la soledad virgen, mi amigo está sentado completamente solo. No lo engañes. ¡Despierta, oh, despierta! Qué importa si el cielo jadea y tiembla con el calor del sol del mediodía, qué importa si la arena ardiente extiende su manto de sed... ¿No hay alegría en lo profundo de tu corazón? A cada paso tuyo, ¿no romperá el arpa del camino en una dulce música de dolor?

56

Así es que tu alegría en mí es tan plena. Así es que has descendido hasta mí. Oh tú, señor de todos los cielos, ¿dónde estaría tu amor si yo no fuera? Me has tomado como compañera de toda esta riqueza. En mi corazón está el juego interminable de tu deleite. En mi vida tu voluntad va tomando forma siempre. Y por esto, tú que eres el Rey de reyes te has engalanado de belleza para cautivar mi corazón. Y por esto tu amor se pierde en el amor de tu amante, y allí se te ve en la perfecta unión de los dos.

57

¡Luz, mi luz, la luz que llena el mundo, la luz que besa los ojos, la luz que endulza el corazón! Ah, la luz danza, amor mío, en el centro de mi vida; la luz hiere, amor mío, las cuerdas de mi amor; el cielo se abre, el viento corre salvaje, la risa pasa sobre la tierra. Las mariposas despliegan sus velas en el mar de luz. Los lirios y los jazmines surgen en la cresta de las olas de luz. La luz se quiebra en oro en cada nube, amor mío, y esparce gemas en profusión. La alegría se extiende de hoja en hoja, amor mío, y la dicha sin medida.

El río del cielo ha desbordado sus orillas y el torrente de alegría está suelto.

58

Que todas las estrofas de alegría se mezclen en mi última canción: la alegría que hace que la tierra se desborde en el exceso alborotado de la hierba, la alegría que pone a los dos hermanos gemelos, la vida y la muerte, a danzar por el ancho mundo, la alegría que arrastra la tempestad, agitando y despertando toda la vida con risas, la alegría que se sienta inmóvil con sus lágrimas sobre el loto rojo y abierto del dolor, y la alegría que arroja todo lo que tiene al polvo y no conoce una palabra.

59

Sí, lo sé, esto no es más que tu amor, oh amado de mi corazón: esta luz de oro que danza sobre las hojas, estas nubes ociosas que navegan por el cielo, esta brisa pasajera que deja su frescura en mi frente. La luz de la mañana ha inundado mis ojos: este es tu mensaje para mi corazón. Tu rostro se inclina desde lo alto, tus ojos miran dentro de mis ojos y mi corazón ha tocado tus pies.

60

En la orilla de los mundos infinitos los niños se encuentran. El cielo infinito está inmóvil en lo alto y el agua inquieta ruge. En la orilla de los mundos infinitos los niños se encuentran con gritos y danzas. Construyen sus casas con arena y juegan con conchas vacías. Con hojas secas tejen sus barcas y las hacen flotar sonrientes en el vasto abismo. Los niños juegan en la orilla de los mundos. No saben nadar, no saben echar las redes. Los buscadores de perlas se sumergen en busca de perlas, los mercaderes navegan en sus barcos, mientras los niños recogen guijarros y vuelven a esparcirlos. No buscan tesoros ocultos, no saben echar las redes. El mar surge con risas y brilla pálida la sonrisa de la playa. Las olas que reparten muerte cantan baladas sin sentido a los niños, igual que una madre

mientras mece la cuna de su bebé. El mar juega con los niños y brilla pálida la sonrisa de la playa. En la orilla de los mundos infinitos los niños se encuentran. La tempestad vaga por el cielo sin caminos, los barcos naufragan en el agua sin sendero, la muerte está suelta y los niños juegan. En la orilla de los mundos infinitos es el gran encuentro de los niños.

61

El sueño que revolotea en los ojos del bebé... ¿sabe alguien de dónde viene? Sí, corre el rumor de que tiene su morada allí, en la aldea de las hadas, entre las sombras del bosque tenuemente iluminado por las luciérnagas, donde cuelgan dos tímidos capullos de encantamiento. De allí viene a besar los ojos del bebé. La sonrisa que parpadea en los labios del bebé cuando duerme... ¿sabe alguien dónde nació? Sí, corre el rumor de que un rayo pálido y joven de una luna creciente tocó el borde de una nube de otoño que se desvanecía, y allí nació la sonrisa primero en el sueño de una mañana lavada por el rocío: la sonrisa que parpadea en los labios del bebé cuando duerme. La frescura dulce y suave que florece en los miembros del bebé... ¿sabe alguien dónde estuvo escondida tanto tiempo? Sí, cuando la madre era una muchacha joven, permanecía invadiendo su corazón en el misterio tierno y silencioso del amor: la frescura dulce y suave que ha florecido en los miembros del bebé.

62

Cuando te traigo juguetes de colores, hijo mío, comprendo por qué hay tal juego de colores en las nubes, en el agua, y por qué las flores están pintadas de matices, cuando te doy juguetes de colores, hijo mío. Cuando canto para hacerte danzar, sé verdaderamente por qué hay música en las hojas, y por qué las olas envían su coro de voces al corazón de la tierra que escucha, cuando canto para hacerte danzar. Cuando traigo cosas dulces a tus manos codiciosas, sé por qué hay miel en el cáliz de las flores y por qué los frutos se llenan en secreto de jugo dulce, cuando traigo cosas dulces a tus

manos codiciosas. Cuando beso tu rostro para hacerte sonreír, amor mío, comprendo de seguro qué placer fluye del cielo en la luz de la mañana, y qué deleite es ese que la brisa del verano trae a mi cuerpo, cuando te beso para hacerte sonreír.

63

Me has dado a conocer a amigos a quienes no conocía. Me has dado asiento en hogares que no eran míos. Has acercado lo lejano y has hecho un hermano del extraño. Me siento inquieta en el corazón cuando tengo que dejar mi refugio acostumbrado; olvido que allí habita lo viejo en lo nuevo, y que allí también habitas tú. A través del nacimiento y de la muerte, en este mundo o en otros, dondequiera que me guíes eres tú, el mismo, el único compañero de mi vida interminable, quien une siempre mi corazón con lazos de alegría a lo desconocido. Cuando uno te conoce, entonces no hay extraño alguno, entonces ninguna puerta está cerrada. Oh, concédeme mi oración para que nunca pierda la dicha del toque del uno en el juego de los muchos.

64

En la ladera del río desolado, entre las altas hierbas, le pregunté: «Muchacha, ¿adónde vas cubriendo tu lámpara con el manto? Mi casa está toda oscura y solitaria... ¡préstame tu luz!». Ella levantó sus ojos oscuros por un momento y miró mi rostro a través del crepúsculo. «He venido al río —dijo— para hacer flotar mi lámpara en la corriente cuando la luz del día se apaga en el oeste». Me quedé sola entre las altas hierbas y contemplé la tímida llama de su lámpara derivar inútilmente en la corriente. En la quietud de la noche que se reunía, le pregunté: «Muchacha, tus luces están todas encendidas... ¿adónde vas entonces con tu lámpara? Mi casa está toda oscura y solitaria... préstame tu luz». Levantó sus ojos oscuros hacia mi rostro y se quedó por un momento dudosa. «He venido —dijo al fin— para consagrar mi lámpara al cielo». Me quedé y contemplé su luz arder inútilmente en el vacío. En la penumbra sin luna de la medianoche, le pregunto: «Muchacha, ¿cuál es tu

búsqueda, sosteniendo la lámpara cerca de tu corazón? Mi casa está toda oscura y solitaria... préstame tu luz». Se detuvo un minuto, pensó y contempló mi rostro en la oscuridad. «He traído mi luz — dijo— para unirme al carnaval de las lámparas». Me quedé y contemplé su pequeña lámpara perderse inútilmente entre las luces.

65

¿Qué bebida divina querrías tú, Dios mío, de esta copa desbordante de mi vida? Poeta mío, ¿es tu deleite ver tu creación a través de mis ojos y detenerte en los portales de mis oídos para escuchar en silencio tu propia armonía eterna? Tu mundo va tejiendo palabras en mi mente y tu alegría les va añadiendo música. Te entregas a mí en amor y luego sientes tu propia y entera dulzura en mí.

66

Ella, que siempre había permanecido en la profundidad de mi ser, en el crepúsculo de destellos y de vislumbres; ella, que nunca abrió sus velos a la luz de la mañana, será mi último don para ti, Dios mío, envuelta en mi canción final. Las palabras la han cortejado, pero no han logrado ganarla; la persuasión le ha tendido sus brazos ansiosos en vano. He vagado de país en país guardándola en la médula de mi corazón, y a su alrededor han surgido y caído el crecimiento y la decadencia de mi vida. Sobre mis pensamientos y acciones, mis sueños y vigiliass, ella reinó, pero habitó sola y apartada. Muchos hombres llamaron a mi puerta, preguntaron por ella y se volvieron desesperados. No hubo nadie en el mundo que la viera cara a cara, y ella permaneció en su soledad esperando tu reconocimiento.

67

Tú eres el cielo y eres el nido también. Oh tú, el hermoso, allí en el nido está tu amor que encierra al alma con colores, sonidos y olores. Allí viene la mañana con la cesta de oro en su mano derecha, llevando la guirnalda de la belleza, para coronar silenciosamente la

tierra. Y allí viene la tarde sobre los prados solitarios abandonados por los rebaños, por caminos sin sendero, llevando frescas corrientes de paz en su jarra de oro desde el océano occidental del descanso. Pero allí, donde se extiende el cielo infinito para que el alma emprenda su vuelo, reina la blancura radiante y sin mancha. No hay día ni noche, ni forma ni color, y nunca, nunca una palabra.

68

Tu rayo de sol viene sobre esta tierra mía con los brazos extendidos y se detiene ante mi puerta el día entero para llevar de vuelta a tus pies nubes hechas de mis lágrimas, suspiros y canciones. Con cariñoso deleite envuelves alrededor de tu pecho estrellado ese manto de nube brumosa, convirtiéndolo en innumerables formas y pliegues y coloreándolo con matices siempre cambiantes. Es tan ligero y tan fugaz, tierno, lloroso y oscuro; por eso lo amas, oh tú, inmaculado y sereno. Y por eso puede cubrir tu terrible luz blanca con sus patéticas sombras.

69

La misma corriente de vida que corre por mis venas noche y día corre por el mundo y danza en medidas rítmicas. Es la misma vida que brota de alegría a través del polvo de la tierra en innumerables briznas de hierba e irrumpen en olas tumultuosas de hojas y flores. Es la misma vida que se mece en la cuna oceánica del nacimiento y de la muerte, en flujo y en reflujo. Siento que mis miembros se hacen gloriosos por el tacto de este mundo de vida. Y mi orgullo proviene del latido de vida de las edades que danza en mi sangre en este momento.

70

¿Está más allá de ti alegrarte con la alegría de este ritmo? ¿Estar perdido, arrojado y roto en el torbellino de esta alegría temerosa? Todas las cosas corren prisa, no se detienen, no miran atrás, ningún poder puede contenerlas, corren prisa. Llevando el paso con esa

música inquieta y rápida, las estaciones vienen danzando y se van; los colores, las melodías y los perfumes se vierten en cascadas interminables en la alegría abundante que se esparce, se entrega y muere a cada momento.

71

Que deba dar tanta importancia a mí mismo y volverme a todos los lados, proyectando así sombras de colores sobre tu resplandor: tal es tu maya. Estableces una barrera en tu propio ser y luego llamas a tu ser separado en miríadas de notas. Esta separación de ti mismo ha tomado cuerpo en mí. La canción conmovedora se hace eco por todo el cielo en lágrimas y sonrisas de muchos colores, alarmas y esperanzas; las olas se elevan y vuelven a hundirse, los sueños se rompen y se forman. En mí está tu propia derrota del ser. Esta pantalla que has levantado está pintada con innumerables figuras con el pincel de la noche y del día. Detrás de ella, tu asiento está tejido en maravillosos misterios de curvas, desechando todas las líneas estériles de la rectitud. El gran desfile de ti y de mí ha cubierto el cielo. Con la melodía de ti y de mí todo el aire es vibrante, y todas las edades pasan con el juego de esconderse y buscarse de ti y de mí.

72

Él es, el más íntimo, quien despierta mi ser con sus toques profundamente ocultos. Él es quien pone su encantamiento sobre estos ojos y toca con alegría las cuerdas de mi corazón en variadas cadencias de placer y de dolor. Él es quien teje la red de esta maya en evanescentes matices de oro y plata, azul y verde, y deja asomar entre los pliegues sus pies, a cuyo toque me olvido de mí misma. Los días vienen y las edades pasan, y es siempre él quien conmueve mi corazón con muchos nombres, con muchos disfraces, en muchos raptos de alegría y de dolor.

73

La liberación no es para mí en la renuncia. Siento el abrazo de la libertad en mil lazos de deleite. Tú derramas siempre para mí el trago fresco de tu vino de varios colores y fragancias, llenando este vaso de barro hasta el borde. Mi mundo encenderá sus cien lámparas diferentes con tu llama y las colocará ante el altar de tu templo. No, nunca cerraré las puertas de mis sentidos. Los deleites de la vista, el oído y el tacto llevarán tu deleite. Sí, todas mis ilusiones se quemarán en iluminación de alegría, y todos mis deseos madurarán en frutos de amor.

74

El día ya no es, la sombra está sobre la tierra. Es hora de que vaya a la corriente a llenar mi jarra. El aire de la tarde está ansioso con la triste música del agua. Ah, me llama hacia el crepúsculo. En la calleja solitaria no hay transeúnte, el viento se ha levantado, las olas están desatadas en el río. No sé si volveré a casa. No sé a quién tendré la suerte de encontrar. Allí, en el vado, en la pequeña barca, el hombre desconocido toca su laúd.

75

Tus dones a nosotros los mortales cumplen todas nuestras necesidades y, sin embargo, vuelven a ti sin disminuir. El río tiene su trabajo diario que hacer y se apresura a través de campos y aldeas; sin embargo, su corriente incesante serpentea hacia el lavado de tus pies. La flor endulza el aire con su perfume; sin embargo, su último servicio es ofrecerse a ti. Tu adoración no empobrece al mundo. De las palabras del poeta los hombres toman los significados que les complacen; sin embargo, su último significado apunta a ti.

76

Día tras día, señor de mi vida, estaré ante ti cara a cara. Con las manos unidas, señor de todos los mundos, estaré ante ti cara a cara. Bajo tu gran cielo, en soledad y silencio, con humilde corazón

estaré ante ti cara a cara. En este laborioso mundo tuyo, tumultuoso de fatiga y de lucha, entre multitudes apresuradas estaré ante ti cara a cara. And cuando mi trabajo esté terminado en este mundo, oh Rey de reyes, sola y sin habla estaré ante ti cara a cara.

77

Te conozco como mi Dios y me mantengo apartada; no te conozco como algo mío para acercarme más. Te conozco como mi padre y me inclino ante tus pies; no estrecho tu mano como la de un amigo. No me detengo donde tú descienes y te reconoces como mío, para estrecharte allí contra mi corazón y tomarte como mi camarada. Tú eres el Hermano entre mi hermanos, pero no les presto atención, no divido mis ganancias con ellos, compartiendo así mi todo contigo. En el placer y en el dolor no me pongo al lado de los hombres, y así no permanezco a tu lado. Me encojo de renunciar a mi vida, y así no me sumerjo en las grandes aguas de la vida.

78

Cuando la creación era nueva y todas las estrellas brillaban en su primer esplendor, los dioses celebraron su asamblea en el cielo y cantaron: «¡Oh, la imagen de la perfección! ¡La alegría sin mezcla!». Pero uno gritó de repente: «Parece que en alguna parte hay una rotura en la cadena de la luz y una de las estrellas se ha perdido». La cuerda de oro de su arpa se rompió, su canto se detuvo y gritaron consternados: «¡Sí, esa estrella perdida era la mejor, ella era la gloria de todos los cielos!». Desde ese día la búsqueda es incesante para ella, y el clamor va de uno a otro de que ¡en ella el mundo ha perdido su única alegría! Solo en el silencio más profundo de la noche las estrellas sonríen y susurran entre sí: «¡Vana es esta búsqueda! ¡La perfección inquebrantable está sobre todo!».

79

Si no es mi porción encontrarte en esta vida, déjame sentir siempre que he perdido tu mirada; no me dejes olvidar ni por un momento,

déjame llevar los dolores de esta tristeza en mis sueños y en mis horas de vigilia. A medida que mis días pasan en el concurrido mercado de este mundo y mis manos se llenan con las ganancias diarias, déjame sentir siempre que no he ganado nada; no me dejes olvidar ni por un momento, déjame llevar los dolores de esta tristeza en mis sueños y en mis horas de vigilia. Cuando me siente a la orilla del camino, cansada y jadeante, cuando extienda mi lecho bajo en el polvo, déjame sentir siempre que el largo viaje está todavía ante mí; no me dejes olvidar ni un momento, déjame llevar los dolores de esta tristeza en mis sueños y en mis horas de vigilia. Cuando mis habitaciones hayan sido engalanadas y las flautas suenen y la risa allí sea fuerte, déjame sentir siempre que no te he invitado a mi casa; no me dejes olvidar ni por un momento, déjame llevar los dolores de esta tristeza en mis sueños y en mis horas de vigilia.

80

Soy como el remanente de una nube de otoño que vaga inútilmente en el cielo, ¡oh mi sol siempre glorioso! Tu toque no ha derretido todavía mi vapor, haciéndome una con tu luz, y así cuento los meses y los años separada de ti. Si este es tu deseo y si este es tu juego, toma entonces esta fugaz vacuidad mía, píntala de colores, dórala de oro, hazla flotar en el viento caprichoso y extiéndela en variadas maravillas. Y de nuevo, cuando sea tu deseo terminar este juego en la noche, me derretiré y desapareceré en la oscuridad, o puede ser en una sonrisa de la mañana blanca, en una frescura de transparencia pura.

81

En muchos días ociosos me he lamentado por el tiempo perdido. Pero nunca se pierde, señor mío. Has tomado cada momento de mi vida en tus propias manos. Oculto en el corazón de las cosas, vas nutriendo las semillas en brotes, los capullos en flores, y madurando las flores en frutos. Yo estaba cansada y durmiendo en mi lecho ocioso e imaginaba que todo trabajo había cesado. Por la mañana desperté y encontré mi jardín lleno de maravillas de flores.

82

El tiempo es infinito en tus manos, señor mío. No hay nadie que cuente tus minutos. Los días y las noches pasan y las edades florecen y se marchitan como flores. Tú sabes esperar. Tus siglos se siguen unos a otros perfeccionando una pequeña flor silvestre. Nosotros no tenemos tiempo que perder, y al no tener tiempo debemos disputarnos las oportunidades. Somos demasiado pobres para llegar tarde. Y así es que el tiempo pasa mientras se lo doy a cada hombre querellante que lo reclama, y tu altar queda vacío de todas las ofrendas hasta el final. Al final del día me apresuro por miedo a que tu puerta se cierre; pero encuentro que todavía queda tiempo.

83

Madre, tejeré una cadena de perlas para tu cuello con mis lágrimas de dolor. Las estrellas han forjado sus tobilleras de luz para adornar tus pies, pero la mía colgará sobre tu pecho. La riqueza y la fama vienen de ti y te corresponde a ti darlas o retenerlas. Pero este dolor mío es absolutamente mío propio, y cuando te lo traigo como ofrenda, tú me recompensas con tu gracia.

84

Es la punzada de la separación la que se extiende por todo el mundo y da nacimiento a formas innumerables en el cielo infinito. Es este dolor de separación el que contempla en silencio todas las noches de estrella a estrella y se vuelve lírico entre las hojas que susurran en la oscuridad lluviosa de julio. Es este dolor desbordante el que se profundiza en amores y deseos, en sufrimientos y alegrías en los hogares humanos; y esto es lo que siempre se derrite y fluye en canciones a través del corazón de mi poeta.

85

Cuando los guerreros salieron primero del salón de su maestro, ¿dónde habían escondido su poder? ¿Dónde estaban su armadura

y sus armas? Parecían pobres y desvalidos, y las flechas llovieron sobre ellos el día que salieron del salón de su maestro. Cuando los guerreros marcharon de regreso al salón de su maestro, ¿dónde escondieron su poder? Habían soltado la espada y soltado el arco y la flecha; la paz estaba en sus frentes, y habían dejado los frutos de su vida detrás de ellos el día que marcharon de regreso al salón de su maestro.

86

La muerte, tu siervo, está a mi puerta. Ha cruzado el mar desconocido y ha traído tu llamada a mi hogar. La noche es oscura y mi corazón temeroso... sin embargo, tomaré la lámpara, abriré mis puertas y le haré una reverencia de bienvenida. Es tu mensajero quien está a mi puerta. Lo adoraré colocando a sus pies el tesoro de mi corazón. Se marchará con su recado cumplido, dejando una sombra oscura en mi mañana; y en mi hogar desolado solo quedará mi ser desamparado como mi última ofrenda a ti.

87

Con desesperada esperanza voy y la busco en todos los rincones de mi habitación; no la encuentro. Mi casa es pequeña y lo que una vez se ha ido de ella nunca puede recuperarse. Pero infinita es tu mansión, señor mío, y para buscarla tengo que venir a tu puerta. Permanezco bajo el dosel de oro de tu cielo de la tarde y elevo mis ojos ansiosos hacia tu rostro. He llegado al borde de la eternidad de la que nada puede desaparecer: ninguna esperanza, ninguna felicidad, ninguna visión de un rostro visto a través de las lágrimas. Oh, sumerge mi vida vacía en ese océano, zambúllela en la más profunda plenitud. Déjame por una vez sentir ese dulce toque perdido en la totalidad del universo.

88

¡Deidad del templo en ruinas! Las cuerdas rotas de la vina ya no cantan tus alabanzas. Las campanas de la tarde no proclaman tu

hora de adoración. El aire está inmóvil y silencioso a tu alrededor. En tu morada desolada entra la vagabunda brisa de la primavera. Trae las noticias de las flores... las flores que para tu adoración ya no se ofrecen. Tu adorador de antaño vaga siempre anhelando un favor todavía rechazado. Al atardecer, cuando los fuegos y las sombras se mezclan con la penumbra del polvo, regresa cansado al templo en ruinas con el hambre en su corazón. Muchos días de festival llegan a ti en silencio, deidad del templo en ruinas. Muchas noches de adoración se van con la lámpara sin encender. Muchas imágenes nuevas son construidas por maestros de arte ingenioso y llevadas al río sagrado del olvido cuando ha llegado su hora. Solo la deidad del templo en ruinas permanece sin adorar en un olvido inmortal.

89

No más palabras ruidosas y fuertes de mi parte: tal es la voluntad de mi maestro. De aquí en adelante me ocupo de susurros. El habla de mi corazón se llevará a cabo en los murmullos de una canción. Los hombres se apresuran al mercado del Rey. Todos los compradores y vendedores están allí. Pero yo tengo mi licencia a destiempo en medio del día, en lo espeso del trabajo. Que broten entonces las flores en mi jardín, aunque no sea su tiempo; y que las abejas del mediodía entonen su perezoso zumbido. Muchas horas he pasado en la contienda del bien y del mal, pero ahora es el placer de mi compañero de juegos de los días vacíos atraer mi corazón hacia él; y ¡no sé por qué es esta repentina llamada a tan inútil intrascendencia!

90

El día en que la muerte llame a tu puerta, ¿qué le ofrecerás? Oh, pondré ante mi huésped el vaso lleno de mi vida... nunca lo dejaré ir con las manos vacías. Toda la dulce vendimia de todos mis días de otoño y noches de verano, todas las ganancias y rebuscas de mi vida laboriosa colocaré ante él al cierre de mis días, cuando la muerte llame a mi puerta.

91

¡Oh tú, la última consumación de la vida, Muerte, muerte mía, ven y susúrrame! Día tras día he guardado vigilia por ti; por ti he soportado las alegrías y las punzadas de la vida. Todo lo que soy, lo que tengo, lo que espero y todo mi amor han fluido siempre hacia ti en la profundidad del secreto. Una última mirada de tus ojos y mi vida será para siempre tuya propia. Las flores han sido tejidas y la guirnalda está lista para el esposo. Después de la boda, la novia dejará su hogar y se encontrará con su señor a solas en la soledad de la noche.

92

Sé que llegará el día en que perderé la vista de esta tierra, y la vida se despedirá en silencio, corriendo la última cortina sobre mis ojos. Sin embargo, las estrellas vigilarán por la noche, y la mañana se levantará como antes, y las horas se agitarán como las olas del mar arrojando placeres y dolores. Cuando pienso en este fin de mis momentos, la barrera de los momentos se rompe y veo, a la luz de la muerte, tu mundo con sus tesoros descuidados. Raro es su asiento más humilde, rara es la más insignificante de sus vidas. Las cosas que anhelé en vano y las cosas que obtuve... que pasen. Déjame solo poseer verdaderamente las cosas que siempre desprecié y pasé por alto.

93

He recibido mi licencia. ¡Decidme adiós, hermanos míos! Me inclino ante todos vosotros y emprendo mi partida. Aquí devuelvo las llaves de mi puerta y renuncio a todo derecho sobre mi casa. Solo os pido unas últimas palabras amables. Fuimos vecinos durante mucho tiempo, pero recibí más de lo que pude dar. Ahora el día ha amanecido y la lámpara que alumbraba mi rincón oscuro se ha apagado. Ha llegado una llamada y estoy listo para mi viaje.

94

En este momento de mi partida, ¡deseadme buena suerte, amigos míos! El cielo está encendido con el amanecer y mi camino se presenta hermoso. No preguntéis qué llevo conmigo para llevar allí. Empiezo mi viaje con las manos vacías y el corazón expectante. Me pondré mi guirnalda de bodas. El mío no es el vestido marrón rojizo del viajero, y aunque hay peligros en el camino, no tengo temor en la mente. La estrella de la tarde saldrá cuando mi viaje haya terminado y las notas lastimeras de las melodías del crepúsculo se ejecutarán desde el portal del Rey.

95

No me percaté del momento en que crucé por primera vez el umbral de esta vida. ¡Cuál fue el poder que me hizo abrirme a este vasto misterio como un capullo en el bosque a medianoche! Cuando por la mañana miré la luz, sentí en un momento que no era una extraña en este mundo, que lo inescrutable sin nombre ni forma me había tomado en sus brazos en la forma de mi propia madre. Del mismo modo, en la muerte lo mismo desconocido se me presentará como conocido de siempre. Y porque amo esta vida, sé que amaré la muerte también. El niño llora cuando la madre lo aparta del pecho derecho, para encontrar en el mismísimo momento siguiente su consuelo en el izquierdo.

96

Cuando me vaya de aquí, que esta sea mi palabra de despedida: que lo que he visto es insuperable. He probado la miel oculta de este loto que se expande en el océano de luz, y por lo tanto soy bendecida... que esta sea mi palabra de despedida. En esta casa de juegos de formas infinitas he tenido mi juego, y aquí he alcanzado a ver a aquel que no tiene forma. Todo mi cuerpo y mis miembros se han estremecido con el tacto de aquel que está más allá del tacto; y si el fin llega aquí, que llegue... que esta sea mi palabra de despedida.

97

Cuando mi juego era contigo, nunca me cuestioné quién eras. No conocía la timidez ni el temor, mi vida era alborotada. Temprano en la mañana me llamabas de mi sueño como mi propio camarada y me llevabas corriendo de claro en claro del bosque. En aquellos días nunca me importó conocer el significado de las canciones que me cantabas. Solo mi voz tomaba las melodías y mi corazón danzaba en su cadencia. Ahora, cuando el tiempo de juego ha terminado, ¿qué es esta repentina visión que me ha sobrevenido? El mundo, con los ojos inclinados hacia tus pies, permanece sobrecogido con todas sus estrellas silenciosas.

98

Te engalanaré con trofeos, guirnaldas de mi derrota. Nunca estará en mi poder escapar sin ser conquistada. Sé de seguro que mi orgullo irá a dar contra la pared, que mi vida romperá sus ligaduras con un dolor excesivo, y mi corazón vacío sollozará en la música como una caña hueca, y la piedra se derretirá en lágrimas. Sé de seguro que los cien pétalos de un loto no permanecerán cerrados para siempre y que el recoveco secreto de su miel quedará al descubierto. Desde el cielo azul un ojo me contemplará y me llamará en silencio. Nada quedará para mí, nada en absoluto, y una muerte total recibiré a tus pies.

99

Cuando entrego el timón, sé que ha llegado el momento de que tú lo tomes. Lo que hay que hacer se hará al instante. Vana es esta lucha. Quita entonces tus manos y soporta silenciosamente tu derrota, corazón mío, y considera tu buena fortuna sentarte perfectamente inmóvil donde estás colocado. Estas lámparas mías se apagan con cada pequeña ráfaga de viento, y tratando de encenderlas me olvido de todo lo demás una y otra vez. Pero seré prudente esta vez y esperaré en la oscuridad, extendiendo mi estera

en el suelo; y cuando sea tu deleite, señor mío, ven silenciosamente y toma tu asiento aquí.

100

Me sumerjo en la profundidad del océano de las formas, con la esperanza de ganar la perla perfecta de lo informe. No más navegar de puerto en puerto con esta mi barca castigada por el tiempo. Hace mucho que pasaron los días en que mi deporte era ser arrojada por las olas. Y ahora estoy ansiosa por morir en lo inmortal. Al salón de audiencias junto al abismo insondable donde se eleva la música de cuerdas sin tono llevaré esta arpa de mi vida. La templaré con las notas del para siempre, y cuando haya sollozado su última expresión, depositaré mi arpa silenciosa a los pies del silencioso.

101

Siempre en mi vida te he buscado con mi canciones. Fueron ellas las que me llevaron de puerta en puerta, y con ellas he tentado a mi alrededor, buscando y tocando mi mundo. Fueron mis canciones las que me enseñaron todas las lecciones que jamás aprendí; me mostraron senderos secretos, trajeron ante mi vista muchas estrellas en el horizonte de mi corazón. Me guiaron durante todo el día largo hacia los misterios del país del placer y del dolor y, al fin, ¿a qué puerta de palacio me han traído en la tarde, al final de mi viaje?

102

Me jacté ante los hombres de que te había conocido. Ven tus imágenes en todas las obras mías. Vienen y me preguntan: «¿Quién es él?». No sé cómo responderles. Digo: «En verdad, no lo puedo decir». Me culpan y se van con desprecio. Y tú te sientas allí sonriendo. Puse mis relatos de ti en canciones duraderas. El secreto brota de mi corazón. Vienen y me preguntan: «Cuéntame todos tus significados». No sé cómo responderles. Digo: «¡Ah, quién sabe lo

que significan!». Sonríen y se van en un desprecio absoluto. Y tú te sientas allí sonriendo.

103

En un solo saludo para ti, Dios mío, que todos mis sentidos se extiendan y toquen este mundo a tus pies. Como una nube de lluvia de julio suspendida baja con su carga de chaparrones no vertidos, que toda mi mente se incline ante tu puerta en un solo saludo para ti. Que todas mi canciones reúnan sus diversos acordes en una sola corriente y fluyan hacia un mar de silencio en un solo saludo para ti. Como una bandada de grullas añorantes del hogar que vuelan noche y día de regreso a sus nidos de la montaña, que toda mi vida emprenda su viaje hacia su hogar eterno en un solo saludo para ti.